

Crónica de una Jornada muy Particular

Carlos Martínez Assad

a Sara Sefchovich, quien puede dar fe de lo que aquí relato

4 de julio de 1982. La mañana era brumosa en la ciudad de México. Ese día tendrían lugar las elecciones a las que con tanta publicidad habían sido convocados todos los ciudadanos del país. El Estado se empeña en el juego de las democracias modernas y busca en las elecciones otro factor complementario de su legitimidad.

Por las calles se veían todavía restos de lo que fue una de las campañas políticas más costosas de la historia de México. Tan sólo el PRI presupuestó trece millones de pesos diariamente. Hileras con banderolas de plástico atravesadas en diferentes arterias de la ciudad, del país, exhibían al candidato de la Madrid, "De frente para Presidente". Grandes carteles mostraban imágenes infantiles con una leyenda "si votas ahora, ellos votarán mañana".

Era el día 4 de julio de 1982. Se ponía en marcha la última etapa del proceso electoral, que expresaría en forma transparente las falacias de un sistema político que se define como representativo y fundamentando en el sufragio universal. En el pasado inmediato había quedado la huella de Tlatelolco y hacia el futuro, un sistema político cuya legitimidad era puesta en duda.

Poco después de las ocho de la mañana quedó instalada la casilla. Un pasillo de vecindad. Ni una silla, algunas macetas, una larga fila de madrugadores listos para cumplir con su derecho, su obligación.

Demasiada gente se movía. Más de un millón en todo el país. Presidente, secretario, escrutadores, suplentes, representantes de nueve partidos. Con su traje dominiguero de color claro, el señor presidente de la casilla, propietario de un departamento en condominio y vecino del lugar, conseguía una mesa con mantel, acomodaba actas y boletas, sellos y ceniceros y sonreía mientras imponía su recién adquirida autoridad.

A su lado tres mujeres, todas de mediana edad, todas de mediana posición, todas medianas. Dominaban los colores: el morado de una blusa, el naranja del suéter, el amarillo del pelo y el rojo de las uñas. Colorida mañana de domingo, lista para empezar a votar.

Recargados contra las paredes, sentados en escaleras descascaradas, miraban, ayudaban, escuchaban y objetaban los representantes del PSUM, PRI, PRT, PST y PPS. Nosotros, formábamos parte de ese millón y medio que vigilaría el proceso electoral.

El gran desafío: encontrar la verdadera relación que se da entre el sistema político y las elecciones. Cosa difícil, por la importancia que el Estado concede al sufragio y por la evidencia del dominio priista que ha motivado tantas y tantas discusiones sobre el unipartidismo y las posibilidades del pluripartidismo. Tanto el partido del Estado como los otros partidos coincidieron a lo largo de la campaña en la necesidad de abatir el abstencionismo, ese partido mayoritario tan pronunciado en todo el país.

Pero algo ha cambiado profundamente en la sociedad y en la economía como para negar la modernización política y la necesidad de romper con antiguos moldes. El Estado no representa ya el populismo ilusorio heredado de otros tiempos. Su relación con las clases fundamentales cambió: ni la clase obrera es más un grupo supeditado y homogéneo en sus orientaciones políticas y sociales, ni la burguesía es más una clase promovida por el Estado, toda vez que su capacidad de acción autónoma se acrecentó. Se impone así la ampliación de un espacio para la participación democrática, que por tan reducido y a veces tan asfixiante convierte al sufragio en aún creíble para grupos sociales que no por tradicionales dejan de ser importantes en esa búsqueda de legitimación que tanto preocupa al Estado.

Las elecciones en México han servido para que la clase política defina sus acuerdos y diferencias para realizar las alianzas posibles.

La participación se ha restringido a ese grupo que lejos de propiciar la existencia del contrario, lo redujo políticamente a los marcos de la ilegalidad. De la misma forma, el pueblo, que había asumido un cierto acuerdo con los gobernantes fue desplazado y situado en el terreno de la pasividad, contemplando el paso de autoridades sin poder poner freno al abuso, al dispendio y a la corrupción que siguen luego de toda nominación política.

No obstante, se comienza a reconocer en México el conflicto que provocó la imposición de los intereses particulares sobre los generales. Ampliar la participación se ha convertido en uno de los objetivos del Estado, a fin de encontrar contendientes organizados con los que sea posible negociar.

La publicidad para la participación empezó hace largo tiempo. La elaboración del Padrón Electoral que perseguía su depuración, inició la campaña electoral

que abarcaría casi todo el periodo de funciones del Presidente José López Portillo.

Era necesario detener a la historia: frenar una tendencia al abstencionismo que resultaba alarmante y que era manifestación del alejamiento entre la sociedad política y la sociedad civil. Era necesario hacer funcionar a la reforma política, hija dilecta de este sexenio.

Aumentar la votación y recuperar el voto priista —cuyos miembros de base habían engrosado las filas del abstencionismo— negar los desacuerdos internos del partido dominante, buscar la responsabilidad de la falta de voto en causas como el padrón natural, lo normal del fenómeno en todo el mundo e incluso encontrar en ello “el signo de una posible pluralidad y de un inicio de respeto por el recuento exacto y preciso.”(1)

Aquí estaban los depurados por el padrón, los que habían marcado cero tres y antes de saber la hora, habían sabido que debían votar. Aquí los traídos por la publicidad de nueve partidos que jugaban las mismas cartas, la misma consigna: todos a votar.

Aquí estábamos todos.

Mujeres con rebozo, hombres de chamarra, un vendedor de helados, el policía de la esquina, la señora del 13, su hermano, el enfermo, un borracho, dos jóvenes en mezclilla, la señora gorda con minifalda, la pareja de viejitos, la mujer de luto, los recién casados, dos familias con seis niños, los niños que quieren votar, el señor que olvidó su tarjeta, la que no sabe firmar, el que pasaba por aquí, el que vive en Veracruz pero trabaja en México, alguno que recibió dos credenciales de elector, los vecinos de enfrente, dos enfermeras, un señor con escudo del PAN, otro que no se dejaba untar el dedo de amarillo, la que no sabía que una mujer quería ser Presidenta, el que no entiende las boletas, el que no sabe que hacer con ellas cuando ya las tachó, el que revisa cómo le perforan su tarjeta, el que busca el escudo de un partido que parece alacrán, el tímido y el que se ríe, el hermano de doña Soledad, su cuñada, la abuelita que espera turno y todos los demás.

Para la sociedad, el 17 de febrero será una fecha que quede en la memoria como de gran desconcierto: el momento que marcará el final del auge del petróleo con todo y esperanzas, así como el ensanchamiento de la distancia entre gobernantes y gobernados. Una nueva devaluación, que reeditó de alguna manera los últimos meses de 1976, pero emocionalmente resultó

más caótica debido a la magnitud de la crisis y a la incredulidad ciudadana frente a la gestión gubernamental. La responsabilidad de la administración pública se puso en evidencia. El optimismo del discurso del Estado, que seguía aludiendo a las conquistas sociales de la Revolución y al petróleo, ahora era cuestionado por la sociedad. Era necesario una democratización tal que permitiera a la sociedad civil recuperar los espacios que ocupa la sociedad política. Y las elecciones podían ser una de las vías para ampliar realmente la participación. Las elecciones de 1982 podían delinear el futuro inmediato del país si la sociedad pudiera optar libremente y sin presiones. La gama de partidos que participaron en la contienda y que por primera vez habían tenido oportunidad de expresar sus proyectos, sus ideologías, a través de los medios informativos, fueron un indicio de que algo había cambiado políticamente. La campaña ha expresado sin embargo, la tensión entre ese México nuevo y el país que se niega a cambiar.

La campaña del candidato oficial ha insistido en la necesidad de renovación moral de la sociedad, entendida como promesa de evitar la corrupción y deslindándose de las dificultades económicas por las que atraviesa el país. Al haberle dado el peso mayor en el discurso a aliviar los temores de la gran burguesía, se puede suponer que el sistema político ha tomado ya una opción y que el PRI podría llegar a representar los intereses de la clase minoritaria y no de las mayorías como lo propuso el proyecto populista.

La mañana pasada. La lista de trescientos sesenta y ocho electores se iba llenando de marcas: “sí votó”. Cada señora salía de la casilla con un encargo: “llama a los del ocho, díles que se apuren”, “Falta tu hermano Juan, ¿qué le pasa?”; “Tócales a los Jiménez, díles que ya queremos acabar”.

Pasaba la mañana. Las vecinas ofrecían sillas, gorditas de frijoles, tortas de bacalao, pepsis y jarras de café. Todo era cordialidad y conversación, irse conociendo. La secretaria era cajera en un restaurant; la última vez que la nombraron para una elección, la mesa estuvo puesta del otro lado. El señor de ese partido era estudiante y el del otro era locatario en el mercado de Mixcoac. Aquél en cambio vino porque sus vecinos le pidieron de favor que supervisara su partido, y la mujer estaba aquí porque quería conocer.

Trescientos sesenta y ocho votantes, cuatro credenciales dobles, una lista adicional del diez por ciento, horas enteras en que nadie aparecía, saludos de los amigos del barrio, una vuelta alrededor de la manzana, la comida que mandaron, la objeción contra ese señor que no se identifica, contra aquél que lleva pistola o silla de ruedas y no se puede mover. La objeción y las

(1) Rafael Segovia, “Las elecciones federales de 1979”, *Foro Internacional*, Vol. XX, número 3, El Colegio de México, 1980, México, p. 398

objeciones contra los que reciben boletas para diputados de mayoría y no son de aquí, contra el purismo y por el partido.

Artículo 52 constitucional: "La Cámara de Diputados estará integrada por 300 diputados electos según el principio de votación mayoritaria relativa, mediante el sistema de distritos electorales uninominales y hasta 100 diputados que serán electos según el principio de representación proporcional, mediante el sistema de listas regionales, votadas en las circunscripciones plurinominales". (2)

Cuatro circunscripciones plurinominales organizan la votación en el país. Cada una de ellas agrupa a varios estados sin que sean muy claros los criterios de regionalización. Algunas están formadas por entidades federativas tan disímolas como Nuevo León y Quintana Roo, entre las cuales corre un kilometraje tan amplio como sus respectivas historias. Quizá la hechura de las nuevas circunscripciones tenga detrás el interés del sistema político por inducir un tripartidismo que permitiría al PRI situarse en medio, con el PAN a la derecha y el PSUM a la izquierda. Mientras, algunos partidos minoritarios, en particular los de antiguos registro, PPS y PARM, pudieran simple y llanamente desaparecer. Así se tendría la imagen de un país moderno con opciones democráticas y el tripartidismo sería la mágica fuente de revitalización del sistema político.

Los partidos conocían las reglas del juego. De no obtener 60 constancias de mayoría, pero de alcanzar el 1.5% del voto nacional, tendrían derecho para asignar curules para diputados de representación proporcional.

El presidente perfora tarjetas. La secretaria apunta la lista adicional, la escrutadora busca nombres, entrega boletas, unta el dedo pulgar.

Empezaba la lluvia. El aire se ponía cada vez más gris. Entre brincos aparece la supervisora de un partido de izquierda para exigir, preguntar, ordenar... En silencio se estaciona el largo automóvil del señor del PRI para cuestionar, instruir, observar. En su traje azul marino un joven del PAN quiere saber si todo va bien. Pasan y pasan los supervisores a mirar la fidelidad de sus representantes, a insistir en la objeción. El día avanza, los niños pasan, se escuchan los televisores que transmiten las semifinales del mundial de futbol, el aire levanta las boletas que no han sido utilizadas.

Los representantes de los partidos bostezan, miran atentos, señalan las urnas de plástico, esperan...

En 1982 el electorado podía optar al fin por nuevos alineamientos políticos. La reforma política había abierto el camino para el reconocimiento oficial de las organizaciones.

El PSUM, surgido en noviembre del año pasado, reunía al sector más amplio de la izquierda mexicana. Vinculado a la historia posrevolucionaria, el PCM después de algunos momentos de auge y muchos de persecución, pudo convertirse en 1979 en la tercera fuerza electoral del país; su unión con otros partidos incrementaba la posibilidad de una mayor votación para la izquierda. Junto a la candidatura de Arnoldo Martínez Verdugo, surgió la de Rosario Ibarra de Piedra, postulada por el PRT y otros grupos coaligados en el Frente Electoral Unión Obrera y Campesina Popular. El elector contaría con dos versiones del marxismo mexicano para votar.

El PST con su candidato Cándido Díaz Cerecero, realizó una campaña no exenta de contradicciones que se enmarcaron en su populismo tardío, proponer al boxeador Rubén Olivares como candidato a diputado es un ejemplo de ello.

La campaña de Pablo Emilio Madero como candidato a la presidencia por el PAN, insistió en la batalla contra la corrupción de los gobiernos priístas. Este partido ha permanecido fiel a sus principios conservadores y defiende los intereses empresariales más tradicionales. Representa la segunda fuerza electoral del país y es el único partido de oposición que hasta ahora ha ganado diputados de mayoría, ha configurado una oposición real en las elecciones legislativas y ha servido para impedir el debilitamiento del sistema electoral al lograr que el partido oficial no se hundiera en el vacío sin contendientes con los cuales alternar.

Hay también partidos sin una instalación sólida en la sociedad y en la política nacionales. El PPS y el PARM, partidos con muletas, vulnerables y con tendencias a desaparecer se han pulverizado por sus divisiones internas, por la incoherencia de sus formulaciones políticas y por los personalismos que caracterizan a todos los partidos mexicanos. El PPS podía recordar los años del lombardismo cuando se concebía como el partido de los trabajadores organizados, pero tiempo había pasado desde aquella elección presidencial del 52 cuando tuvo su votación más alta. El PARM, que existe sólo por la gracia de los gobernantes que han impedido su fractura a través del favoritismo y las prebendas, tiene tan bajos porcentajes de votación que viene a poner en duda la apelación de nacional conferida a ese partido.

Había, eso sí, una remota posibilidad de prefigurar una escisión priísta con el PSD, que además contó co-

(2) Mario Ezeurda, "La mecánica electoral", *El Día* 18, de diciembre de 1977.

mo candidato con el conocido Manuel Moreno Sánchez, líder del senado hace varios sexenios. Su campaña no logró encontrar un eco en la sociedad debido a su indefinición partidaria que se mostró desde el momento que este partido ofreció la candidatura a varios personajes con otras tantas tendencias políticas.

La lluvia seguía, pasaba la tarde. Ningún elector pasaba por allí. El presidente había cambiado su traje claro por chamarra de piel. Ya no tenía dudas, ya no preguntaba al hombre del PSUM sobre la ley, las boletas o a propósito de alguna autorización para permitir o impedir el voto. Las dudas se terminaban conforme los electores dejaban de venir. Nadie pasaba por ahí, nadie votaba.

La señora propuso cerrar la casilla para ir a cenar. Los partidos observan, el aire se animaba y volvían los bostezos y el silencio.

Casi eran las siete cuando alguien trajo un foco y otro se ofreció a hacer una instalación. A las siete la puerta se cerró. A las siete nos sentamos a la mesa y empezamos a contar:

El PAN, segunda fuerza electoral del país, mantenía su posición, y los votos a su favor crecían:

Presidente	71
Senadores	64
Diputados de mayoría relativa	68
Diputados de representación proporcional	76

De las dos versiones del marxismo mexicano, donde una señora quiere ser Presidenta por un partido que tiene como símbolo algo que parece alacrán y otro tiene la hoz y un martillo, los resultados fueron:

	PRT	PSUM
Presidente	7	15
Senadores	6	21
Diputados de mayoría relativa	3	17
Diputados de representación proporcional	5	18

Entre los nuevos grupos que pretenden aspirar a actuar como partidos, los resultados fueron los siguientes:

	PST	PDM	PSD
Presidente	7	1	3
Senadores	8	2	2
Diputados de mayoría relativa	9	6	2
Diputados de representación proporcional	9	5	3

De los viejos partidos con muletas, vulnerables y con tendencias a desaparecer, se contaron los siguientes votos:

	PPS	PARM
Presidente	3	6
Senadores	5	8
Diputados de mayoría relativa	5	5
Diputados de representación proporcional	5	5

La sorpresa de la votación panista, sólo disminuía comparándola con la del partido oficial, siempre muy por encima del resto de los partidos, el PRI conservaba un margen tan amplio como larga es su historia en el poder:

Presidente	142
Senadores	125
Diputados de mayoría relativa	121
Diputados de representación proporcional	119

De lo anterior se desprende que sólo el 14% de los priistas entendieron que pueden elegir a sus representantes y a la oposición que desean en la cámara de diputados. Se anularon 30 votos y en la casilla se abstuvo de votar casi el 39% de los empadronados —o más bien enlistados—.

La sorpresa en la casilla fue la elevada votación por el PAN, la suma de los votos para presidente del resto de los partidos de oposición apenas llega al 60% del total obtenido por este partido.

La dispersión de los votos también fue una constante, ningún partido obtuvo el mismo número en las cuatro elecciones, inclusive las diferencias fueron marcadas. Lo cual puede significar un muy lento aprendizaje de la sociedad respecto a la reforma política.

El sistema electoral mixto, con tradición en México desde que se formaron los diputados de partido, tiene problemas y tropiezos cuando se confiere al electorado la puesta en práctica de sus facultades ciudadanas. El Secretario de Gobernación ha dicho "la capacidad conferida al ciudadano para elegir simultáneamente a la mayoría que desea ver gobernar y a la oposición que debe limitar a esta mayoría no fue cabalmente percibida en todo cuanto implica". (3)

Voto anulado, voto anulado, dos cruces, uno para el pan, el pan, pri, psum, pan, pan,... el recuento, el recuento.

(3) Comisión Federal Electoral Secretaría de Gobernación, México, D.F., 7 de agosto de 1979.

A las once de la noche se llenaban las actas. Hojas y hojas de papel, copias que no salían, imposibilidad de entender todos los nombres "Acta provisional", "Acta final", "Acta de apertura", "Acta de cierre". Imposibilidad de entender las actas para senadores, tal como los votantes no habían entendido las boletas. La noche avanzaba. El cansancio, las actas, las firmas, las actas y más actas.

Era ya de madrugada cuando cada quién salió con su paquete bajo el brazo, la espalda adolorida. Era ya de madrugada cuando unos se dirigían a las oficinas de su partido y otros a las de la Comisión. Era ya de madrugada cuando terminaba esta jornada tan particular.

La lucha verdadera estará sin embargo en la capacidad de los diferentes partidos opositores para detentar determinado número de curules, determinando por los límites impuestos por la reforma política que al ampliar las circunscripciones plurinominales y al aumentar el número de partidos que participan, puede provocar la pulverización de los representantes que integran la oposición. Si esto llega a suceder, el sistema político podría verse acorralado entre la ausencia de participación y un mayor autoritarismo.

Ese sistema político que acorralado por la crítica al unipartidismo y al autoritarismo centralista, buscaba un modelo de democracia, para encontrar salida al **statu quo** que resultaba freno peligroso para su desarrollo y modernización. Ese sistema para el cual era vital reorientar el descontento que abandonaba los canales institucionales.

Era de madrugada. Terminaba la jornada electoral, una jornada muy particular. Las actas bajo el brazo, todos se despedían. En esa vecindad quedaba algo de cada quien, en esos papeles mucho de la farsa.

Para que la democracia mexicana, de por sí tan limitada se abra paso, será necesario que la reforma política iniciada no se restrinja en otros espacios de la sociedad y no se limite a legitimar una oposición que formalmente pudiera dar más aliento al sistema. La sociedad mostrará mayor disposición al sufragio cuando las elecciones se orienten no sólo a reconocer las fuerzas políticas que operan en el Estado, sino a lograr el reconocimiento de la determinación de los ciudadanos.

En la madrugada terminaba la jornada. Atrás las cillas, las urnas de plástico, las colas de votantes, las objeciones, los bostezos.

La batalla empezaba para otros, aquellos que esperaban en casas y oficinas las sagradas hojas de papel. Aquellos que contaban y volvían a contar, sumaban



protestas, empezaban a discutir.

Para los demás, para nosotros los representantes de los partidos, para nosotros el millón y medio de vigilantes del proceso electoral, para ellos los treinta y un millones de empadronados, la jornada terminaba. Para quienes votaron y para los que no. "No votes", se leía en algunas bardas de la ciudad. "Vota el 4 de julio" repetía el teléfono, la televisión.